Luto en la música universal por la desaparición de Rubinstein

- Como informábamos en nuestra segunda edición de ayer, el gran intérprete de Chopin falleció el lunes en Ginebra a los noventa y cinco años de edad

(Págs. 10 y 11)

Adiós a Arturo Rubinstein

Antonio Fernández-Cid

BIEN de mañana me sorprende —me conmueve— la noticia sobre la muerte, en la tarde anterior, de Arturo Rubinstein, mientras el crítico cumplía el rito del concierto de turno. Porque abundarán los trabajos con base en una larga y ejemplar existencia de concertista, creo justificado cerrirme a una evocación que parte de mis recuerdos personales y mi homenaje de aficionado tantas veces beneficiario de un arte irrepetible. Porque Arturo Rubinstein, muchos años historia en vida, fue un artista único, por distinto, personal, inconfundible, con una comunicatividad impar que se establecía, desde los primeros compases, por el embrujo de un sonido suculento: dulce, lleno, grande, redondo, efusivo por sí mismo si se permite la expresión gráfica.

Es curioso que anoche, a la salida de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en charla con el insigne Andrés Segovia, que tuvo la generosidad de traerme en su coche hasta mi casa, prolongamos unos minutos la despedida enfrascados en un tema que había surgido como una premonición del triste inmediato retorno a la actualidad de Arturo Rubinstein, fallecido ya en aquellos momentos. Bien ajeno a la circunstancia, le comentaba al maestro que siempre había comprobado cómo era el sonido lo que señalaba en los grandes artistas la primera condición diferencial. Y le hablaba del suyo propio, único en el mundo de la guitarra, tanto como lo había sido hasta su adiós a la actividad de concertista, ya nonagenario, el de Arturo Rubinstein, o los de Jascha Jeifetz, Wilhelm Kempff, Nicanor Zabaleta... Uno u otro, incorporábamos nombres, pero yo me detuve de manera particularísima en los de Segovia y Rubinstein.. Aquél porque —le dije— me produjo asombro ya en los años veinte, cuando pude oírlo por vez primera, recién llegado a Madrid desde mi Orense natal, y me hizo sentir hasta qué punto podían arrancarse bellezas de un instrumento que él comenzó a dignificar. Rubinstein, porque en los finales de la misma década pude oírle desde el palomar del teatro de la Comedia, en donde celebraba sus conciertos la Asociación de Cultura Musical y supo captarme para siempre.

Lustros más tarde, recién incorporado, hace seis ya, a la redacción de ABC y después de haberle oído en mis escapadas por causa filarmónica al extranjero pude comentárselo al propio Rubinstein cuando, siempre cordial, accedió a concederme la primera de las entrevistas sostenidas con él. Descubrí entonces al hombre. Menudo en la estatura, engallada la cabeza, de ojillos vivaces, siempre expresivas las manos, con una voz baritonal y un castellano admirable, rico el vocabulario y precisa la pronunciación, al servicio de una mente lúcida y un gracioso casticismo en el recorte de las frases.

Arturo Rubinstein se me apareció como el artista, el músico, el «bon vivant». Artista en el concepto, la sensibilidad. Músico en la realización de sus ideas y la plasmación sonora de sus versiones. Amigo de la buena mesa, conversador incansable, manantial de anécdotas que centraban cualquier reunión y hacían de él indiscutido protagonista, no ya por las supremas razones de su jerarquía pianística, sino porque, aun olvidados de ella, era demasiada la fuerza de su vitalidad, resultaba tan rico el temperamento y tan infalible la memoria que nadie podía luchar contra esa presidencia, esa condición de eje solicitado por todos como regalo que prolongaba el de sus recitales y conciertos.

Memoria fabulosa. Ya en los finales de los años sesenta, incluso en la década sucesiva, se produjeron otros encuentros fuera de Madrid. Incluso en algunos de ellos, lógicamente temeroso de que no me recordase, procuré pasar inadvertido en un rincón. Me vio, vino a mí: «¿Qué hace usted aquí?» «Esperar su concierto.» Era en San Sebastián. De los labios de Rubinstein surgió un preciso taco para manifestar: «¡C...! Me alegro. ¡Me guarda todo la costumbre de Schubert! ¡A ver qué le parece! ¿Cenamos juntos luego?» Y, en compañía de los directivos de la sociedad, la sobremesa del buen yantar —al que Rubinstein hizo todos los honores, con abundante riego de variados caldos— se prolongó hasta la madrugada. Eran los demás los que acusaban fatiga, pensaban en el trabajo diurno. «Siempre me pasa lo mismo —se quejó el músico—: ¡es ahora cuando estoy más a gusto!»

Recuerdo que en otra ocasión hablé con Rubinstein sobre su entusiasmo juvenil y maduro por la otra de Isaac Albéniz y le apunté mi extrañeza ante el hecho de que ya no tocase las «Iberias». Fue un torrente: «En los comienzos del siglo, hacia 1908, asistí a una reunión en París. Un hombre maduro, rechoncho, con barbita pronunciada y mirada inquisitiva, contaba chiste tras chiste y era el primero en reírlos. Pregunté de quién se trataba. Me dijeron que era un músico español, él mismo pianista y compositor, Isaac Albéniz. Un año más tarde supe que se había muerto y tuve en mis manos uno de los cuadernos de sus «Iberias». Comencé a tocarlas, pero sólo para mí. En un viaje a España me presentaron a la viuda, la hija, que insistieron para que se las hiciese oír. Me resistí, porque mis versiones podían parecerles libres en exceso. «¡Así las tocaba Isaac!» «¡Lo mismo que papá!» No cabía un estímulo mejor. Durante años y años las llevé por el mundo. Ahora, no. Las obras son endemoniada-

Una insólita imagen del gran pianista desaparecido: Rubinstein, disfrazado de maharajá A la izquierda, arriba, tras un concierto benéfico en el teatro Real, de Madrid, en 1974, con la Reina Doña Sofía, la Infanta Doña Margarita, la señora de Arias Navarro y la condesa de Morata de Jaión. Debajo, el mismo año, con su hijo John, por entonces protagonista de un musical en Broadway

mente difíciles; hay pianistas que tocan «horrores» y a mí se me caen tantas notas que necesitaría un negro para recogerlas...

Sí, a veces «se le caían» notas. No era Rubinstein el pianista infalible, aunque la técnica era grande y fue capaz, ya al borde de la tercera edad, de cortar sus conciertos y refugiarse en el estudio, afanoso de revisar y depurar conceptos y medios. Pero otros, incluso muchos otros, podían deslumbrarnos con mecanismos y ejecuciones fulgurantes. Para él importaba más —y a todos nos importaba— la música, la expresión profunda, la construcción sólida... y el sonido a que me refería en los comienzos: grande, hermoso, cambiante, rico en inflexiones, colores y con cuerpo en los pianísimos, sin aristas ni rudezas en los fuertes.

Rubinstein, a medida que pasaron los años, se hizo más y más generoso. No era excepcional uno de sus concierto de conciertos, con «las tres B»: Bach, Beethoven, Brahms. No lo era que los recitales se prolongasen con cinco, seis, siete regalos. Y si había murmullos de complacencia cuando atacaba la versión tan «sui géneris» de la «Danza del fuego», elevadas las manos a máximas alturas, o desgranaba las diabluras de «Polichinela», el fragmento de Villalobos, que nadie tocó de más graciosa forma, la verdad es que el embeleso máximo se guardaba para su Chopin viril, musculado, sólido, libre de afectaciones, dengues y blanduras. Oírle un «Nocturno» —y me dispongo, tan pronto concluya esta evocación de urgencia, a refugiarme en la colección de los por él interpretados— era encontrarse con las más puras esencias de su Polonia y su músico más representativo.

Era un triunfador con setenta años de carrera. Saludaba con gestos de torero que recorre el ruedo con la oreja en la mano. Abría sus brazos como en gesto de alegre resignación cuando, una y otra vez, volvía al teclado. Mostraba, al fin, sus dedos en señal explicativa de que se trataba del último envío, antes de volar por todos los caminos del aire al encuentro con públicos hermanados en el fervor entusiasta. Solo, ya nonagenario, hubo de cortar su actividad de concertista porque avanzaba la ceguera inexorable. Pero han sido pocos los años intermedios y no faltaron en ellos contactos entrañables con quienes, oyentes antiguos, le rendían siempre reverencia.

Se nos ha ido Rubinstein en olor de multitud. Nos deja su recuerdo imborrable, sus memorias y el regalo de unos discos que, por recoger su arte, son ya documento imparecedero y lección magistral de una de las máximas figuras de la interpretación que animaron el paisaje musical del siglo XX.

Una de sus últimas fotografías. El 27 de agosto de 1980 una ambulancia le llevaba a su hogar desde el hospital Foch, de París, donde se le practicó una operación en la cadera